

# España de PARTE a PARTE

Folleton de Hermano Lobo

RESUMEN DE LO PUBLICADO: El nefasto siglo XIX.

IX

1947

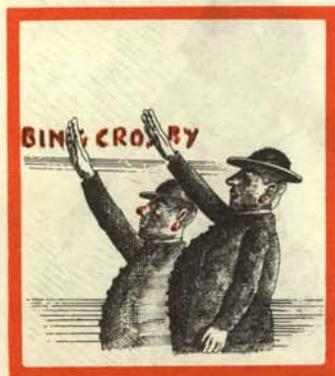
Sigue la hambre española haciendo estragos, pero hay imperio, así es que tapamos un roto con un descosido. Nos acercamos a los diez años de postguerra en medio de discursos cada vez más trascendentales, y menos mal que Perón, Perón, qué grande sós, mi general, manda para acá trigo, aceite, carne, huevos, entre otra munición, y viene Evita



Duarte, la descamisada, que no era cosa del destape, sino del harapo, porque los descamisados eran los atorrantes, con los que Perón había hecho virguerías y Evita era como la jefa sentimental, la Juana de Arco, la María Pita y la Agustina de Aragón. Se caían los pájaros de calor en junio y Evita se ponía los visones, imagino que para dar el golpe de gran señora y para competir, aunque de por sí era guapa y traslúcida, a lo Margarita Gautier. Pero entonces nadie habría dicho que pasados los años la tendríamos aquí en calidad de cadáver, de suave momia, así pasan las glorias de este mundo. La gente decía Franco Perón, que las tripas agradecen cualquier favor, con lo que aprovechando, que es gerundio, y que pa luego es tarde, se hizo lo del referendum para la cosa de la Sucesión, algunos parecían pulpos votando, así que el 92,94 por 100 de los españoles en edad de votar dijeron si a Dios, a Franco, al bien común y a la paz. La gente, muy contenta, tarareaba lo de soy soldado de levita, de esos de caballería,

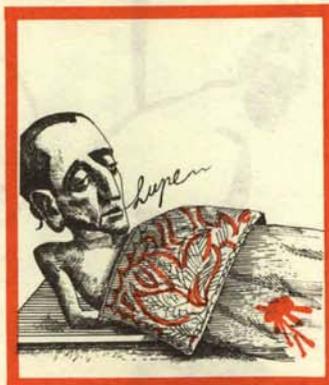
la cosa mexicana que empezaba a hacer furor, y lo de qué bonitos ojos tienes debajo de esas dos cejas, que la Irma Vila hacía como un falsete muy bien hecho, y la gente iba por la calle imitando el grito sostenuto, ay que coño. Y eso que aún no había llegado Jorge Negrete, que la iba a armar nada más que por ser de Jalisco, palabra de honor. La gente es buena, siempre busca la forma de sacar la cabeza de sus desgracias como los atemorizados capones asoman sus orejitas por la madriguera, pero en cuanto te descuidabas te ponían firme como un huso, que el enemigo no duerme, y mucho menos los toxicómanos, que había nada más que mil, todos rojos y ateos como un Dios nos libre.

Había como un tic, como una manía de falsearlo todo, de hacer un canto. Las azafatas de Iberia, que entonces los aviones tardaban más de treinta horas en cruzar el charco, vestían de azul con botones dorados, como los guindillas de la Verbena de la Paloma, y decían de ellas que eran «secretarías y madrecitas al mismo tiempo». Les parecía poco lo de azafatas para la mujer española, lo de madrecitas era mantener la llama sagrada, no te digo lo que hay, la trascendencia por encima de todo. Y no veas cuando echaron la de Ingrid Bergman, «Las campanas de Santa María», que era una monja arremangada y vivaz, a lo Santa Teresa, pero el imperio no iba por ahí, esto más que salía un cura igual que en «Siguiendo mi camino», Bing Crosby, que no tenía cara de mártir ni espumeaba contra la horda, se venían abajo los fundamentos, era un cura como cris-



tiano demócrata, un relajado del chicle. Mejor edificarse viendo «Reina Santa», donde la Maruchi Fresno bordaba la santidad, y los curas eran como tenían que ser, o sea, por el imperio hacia Dios. La verdad es que el gran edificio imperial comienza a sentir como un reconcomio ligeramente democrático, se percibe en

lontananza esa necesidad técnica, como si oyesen el temblor de un terremoto aún no nacido. Por eso airean el exabrupto de un francés, que luego de la hazaña masiva del referéndum dijo el tío que «después de esta victoria, el franquismo puede ofrecer una fachada democrática». No dijo estructura, dijo fachada. En cualquier caso la extralimitación era flagrante, un descaro, pero venía bien para la cosa de los editoriales, que seguían dándole al marxismo internacional y al siglo nefasto que era un gusto. O sea, la Providencia, como siempre.



El día veintiocho de agosto estaba yo en el puertecito de Corcubión y le oí decir a un pescador que un toro había matado a Manolete, qué horror, luego lo supe todo, aquel hombre que había nacido con ojos de moribundo, que le bastaba con estar, era el puro ser sin más actividad que el siendo, una estatua en su momento más inmóvil, y así es como fue un monstruo, pero vino Islero, negro como la pena, y le rompió el músculo sartorio y la vena safena, y todo lo demás, allí quedó el pobre llamando a su madre, y a la Lupe Sino, que la había traído de las Américas, no la dejaron entrar, y él se murió porque estaba hartito, el público del imperio le había insultado cruelmente en las plazas, en Madrid, una semana antes, un bárbaro le había gritado en medio del silencio «así te mate el toro», y le mentaban a sus hermanas, y lo llamaban ladrón, y el Islero fue piadoso con Manolete en Linares. Se diría que fue una víctima rezagada de la guerra civil. Y entonces Rafael Duyós, que mejor que se hubiera callado, porque Lorca no hubo más que uno, le escribió una tira de cuartetos plúmbeos, y decía el primero: «Aquél que las arenas pisó con más firmeza, — yace aquí bajo el cielo de su Córdoba mora. — Dictó frente a los toros lecciones de belleza, — poniendo en pie de hosanas la multitud sonora». Lo mismo hubiera podido

decir «poniendo en pie sonoro la multitud de hosanas». Además que se dice hosanna. O sea, todo mal.

Muertos Islero y Manolete, la vida tenía que seguir, y lo mismo podía ir uno a ver «El mártir del Calvario», que era un montaje de Enrique Rambal que mismamente corría la sangre, y lo daba tres veces al día, y a veces añadía una matiné, que tragarse «Sabela de Cambados», de Adolfo Torrado: La cosa era derramar lágrimas, que así es como se ocultaba el dolor, y el miedo, y el hambre, y las restricciones, que los pantanos estaban sin gota de agua, y no hablémos del cerco internacional. ¡Cuántos hubieran cambiado un poco de españaeterna por un filete, pero era obligatorio quedarse con la españaeterna, a la que empezaba a pertenecer el Real Madrid, porque don Santiago Bernabéu se había lanzado a construir un estadio en las afueras, el mejor de Europa, y allí se iba a ver durante años, como que se sigue viendo, la demostración merengue y la demostración sindical, es lo que se llama la unión de los hombres y de las tierras de España, mejorando lo presente. En aquel tiempo comienza a exacerbarse la catástrofe urbanística de la capital, y el Ayuntamiento autoriza el Edificio España, baldón de curiales, infamia de urbanistas, maldición de vecinos, tema de sarcásticos. Empieza la fiebre del oro del suelo de Madrid, que llega hasta hoy,



hasta la Torre de Valencia y otras supuraciones públicas. Y otra supuración fue el estraperlo de la estreptomicina, igual que cuando la penicilina, es decir, la cosa del comercio libre, la cosa de la oferta y la demanda en plan desvergüenza. Y el año termina preguntándole un periodista a Azorín por su ambición para 1948. Y responde, el tío: ambiciono la cuadratura del aire y la piedra filosofal. Leche, se dijo la gente. Este hombre tiene razón. ■ **DON BENITO EL GARBANCERO.**